

Capítulo 81 - La Línea Silverling - Una Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4 Stubbing 3 de julio]

- Capítulo 81 - La Línea Silverling - Una Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4 Stubbing 3 de julio]

Capítulo 81 - La Línea Silverling - Una Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4 Stubbing 3 de julio]

Damien

Día 20 del primer mes, miércoles, 6:30 p.m.

Cuando Ana informó sobre los problemas con su hermana menor, Natalia, Damien se ofreció inmediatamente a acompañarla. Tenía una idea clara de cómo era la Familia Gervin y de lo que la joven enfrentaba sin Ana a su lado para protegerla, así como Titus lo había protegido a él. Ya preparándose para salir, Damien vaciló tarde, mirando a Sebastien. Sin Damien, Sebastien solo tendría a Newton como respaldo para vigilar a Tanya.

Sebastien asintió con tranquilidad, haciendo un gesto con la mano para ahuyagarlo.

Mientras caminaban con determinación, Damien preguntó a Ana: “¿Qué sucedió? ¿Está Nat bien?”

La expresión de Ana era cuidadosamente neutral, pero un músculo pulsaba en su mandíbula. “Natalia está ilesa. Físicamente, al menos. La asustó la pelea de anoche. El primo Robbie bromeó diciendo que había muerto, y luego la encerró en un armario de suministros. Estuvo atrapada varias horas hasta que uno de los sirvientes la encontró y la dejó salir. La madre le regañó por haber llorado tanto que se hizo fea y sucia, y por supuesto, Robbie negó todo error. Así que Nat tuvo problemas por mentir.”

“Le daré una buena paliza,” dijo Damien, apretando su puño contra la palma de su mano.

“Ella intentó hacerlo,” dijo Ana, con la voz áspera. “El padre lo vio. Estaba con el tío Randolph, así que supongo que se avergonzó, y ella fue castigada. Nat estaba un poco demasiado histérica para explicar todo coherentemente en ese momento. Apenas pude leer sus garabatos entre los salpicados de tinta y manchas de lágrimas.”

“Robbie ya es un hombre adulto. Es vergonzoso que se comporte así con una niña pequeña.”

“Estoy segura de que su padre lo anima. Todo lo que pueda socavar la capacidad de las herederas femeninas para liderar a esta Familia en los ojos del Padre.” La mano de Ana apretaba el delicado tejido de su chaleco sobre el corazón como si intentara apretarlo, dejando arrugas de rabia en la tela.

Bajaron los carruajes y llamaron al que parecía más elegante que esperaba junto a la acera. Aunque el carruaje saltaba con suficiente urgencia para activar sus hechizos de amortiguamiento, tardaron casi media hora en llegar a Los Lirios. La propiedad de la Familia Gervin se encontraba en el extremo este de los acantilados blancos. La mansión estaba lo suficientemente cerca de la orilla, junto a las aguas del Golfo de Charybdis, que cuando llovía, una espuma de mar alcanzaba el borde del farallón.

Ambos permanecieron en silencio, pero la mente de Damien estaba activa. El humo de los restos humeantes de los incendios había llegado flotando desde la ciudad, haciendo que le picaran los ojos al mirar por la pequeña ventana del carruaje. Normalmente, el humo ya habría sido dispersado por el viento, pero el aire estaba inusualmente—y ominosamente—quieto.

A altas horas del domingo por la noche, Damien había observado desde el borde de los acantilados blancos cómo se desataban los incendios que precedían a ese humo. Aunque había entendido que no podía hacer nada, no pudo dejar de preocuparse, así que en lugar de fingir dormir mientras Sebastien estaba en algún lugar, no se resistió a esconderse y escabullirse, mirando hacia la ciudad mientras la violencia que Sebastien había predicho estallaba.

No fue solo una “pequeña escaramuza.” Desde tan lejos, Damien vio los destellos de magia y el viento le llevó casi sin querer los débiles sonidos de explosiones. Incluso imaginó escuchar algún grito ocasional.

No mucho después, algunos miembros del personal universitario salieron a investigar. El inicio de un incendio iluminaba una parte de los Mires en tonos anaranjados, la luz se dispersaba a través del humo, haciendo que todo adquiriera un resplandor dorado. No se molestó en ocultarse de los empleados, y apenas le dedicaron una advertencia superficial para que regresara al interior, la cual ignoró.

"No nos alcanzará aquí," comentó uno de ellos.

"Pero aún así, mejor estar preparado para lo inesperado."

Finalmente, una guardia femenina insistió en que retornara a su cama. Cuando Damien intentó protestar, ella le dijo: “Será mejor que te apresures antes de que recuerde que ya pasaron la hora de toque de queda y te calle con una amonestación.”

Damien estuvo a punto de decirle que era el más joven de Westbay y desafiarla a castigarlo, pero en cambio se hundió en una derrota silenciosa. Era lo suficientemente consciente de sí mismo para saber cuándo su ansiedad lo hacía actuar con imprudencia.

Sebastien le daría una terrible reprimenda si se enteraba de que Damien estaba atrayendo atención negativa de esa manera. Después de todo, alguien podría preguntarse por qué Sebastien

también había desaparecido de los dormitorios después del toque de queda.

La única ventaja era que Tanya parecía estar ajena a todo ello. Su puerta no se había abierto en toda la noche. Damien había deseado con desesperación ser lo suficientemente avanzado en la magia para realizar una clarividente general y exploratoria en Tanya y Sebastien. Quería averiguar si Tanya tenía intenciones peligrosas o sospechosas y asegurarse de que Sebastien estuviera bien. Desafortunadamente, su clase de Divinación apenas había avanzado más allá de deducciones básicas, como adivinar la siguiente carta en un juego de naipes.

Damien había llegado a dormir de manera entrecortada y se había despertado cuando Sebastien finalmente llegó cerca de las cinco de la mañana, antes de que surgiera el sol. Estaba inquieto, listo para explotar con cualquier leve ofensa, pero se detuvo al ver a su amigo reacio.

Sebastien parecía ileso, pero Damien notó detalles que no pudo ocultar. Sus ojos estaban enrojecidos y su rostro aún más pálido de lo habitual. Había suciedad en los pliegues de su cuello y rastros de sangre seca alrededor de sus uñas.

“¿Qué ocurrió?” preguntó Damien, bajando la voz para no despertar a sus compañeros de dormitorio. “¿Estás herido?”

Sebastien rebuscó en el baúl al pie de su cama en busca de ropa para cambiarse. “No.”

“Entonces, ¿alguien más resultó herido? Algo pasó. Lo puedo notar.”

Sebastien suspiró. “Algunos civiles estuvieron atrapados en el combate. Un niño perdió ambas piernas.”

Damien se puso pálido.

“Tuve que ayudarlo. Sobrevivirá, pero para él lo peor quizás aún esté por venir. Dudo que su familia pueda costear una curación lo suficientemente poderosa para regenerarle las piernas. No quiero hablar más de eso, Damien.”

Damien guardó silencio mientras Sebastien se dirigía a los baños para tomar una larga ducha. Quiso preguntarle qué había hecho exactamente y qué había causado la pelea, pero no pudo. Damien se sintió inútil. Todo lo que hizo fue vigilar a Tanya.

Sebastien comenzaba a simpatizar con Damien, pero aún no parecía gustarle mucho. La primera impresión era valiosa, y la suya había sido un desastre. La profesora Lacer había tenido razón al reprimirlo. Era una tontería hacer enemigos sin motivo, incluso cuando parecían intrascendentes. Ahora, solo le quedaba intentar lentamente cambiar la opinión de Sebastien.

Sebastien había cerrado sus cortinas y se había recostado en su estrecha cama con un suspiro cansado.

Los otros estudiantes comenzaron a moverse poco después, y Damien fue rápido en lanzarles una mirada peligrosa cuando alguien hacía demasiado ruido y amenazaba con perturbar

prematuramente el descanso de Sebastien.

Sebastien había dormido solo un par de horas.

Damien intentó convencerlo de que fuera a la enfermería y sacara un pase para faltar a sus clases, pero Sebastien se negó. Al final, todo lo que aceptó fue una taza de café muy fuerte, al que Damien le impregnó un poco de magia para potenciar su efecto. Era un truco que su madre había enseñado a Titus, y que Titus le había transmitido a él, a pesar del estigma de la “magia de cocina”.

Damien fue sacudido de sus pensamientos cuando el carruaje se detuvo en las puertas de la mansión. Pagó al cochero mientras Ana avanzaba con paso decidido. Sabía que ahora ingresaba en una situación similar. Sería un apoyo moral en el mejor de los casos, incapaz de hacer mucho en realidad, pero conocía por experiencia que a veces ayuda solo... **estar allí**. Ana había hecho lo mismo por él en más de una ocasión a lo largo de los años.

En las puertas principales, Ana pasó de largo sin dejar que el sirviente que intentó tomar su abrigo y bufanda la detuviera.

Damien sonrió disculpándose con el sirviente y aceptó la invitación a té y refrigerios. “Envíenlos a la biblioteca en unos veinte minutos, más o menos.”

La casa de Ana era muy distinta a la suya, llena de colores vivos y flores frescas incluso en pleno invierno. La temperatura era perfecta, y el aire interior no olía ni siquiera a humo. A su madre le enorgullecía ese tipo de detalles, redecorando con frecuencia y organizando fiestas y bailes cada vez que quería ser particularmente extravagante.

Damien no quiso meterse torpemente entre las dos hermanas, así que fue a la biblioteca a esperar unos minutos. Folheó los libros sin mucho interés, sus pensamientos volviendo a la sangre que había visto cubriendo las uñas de Sebastien. No podía imaginar exactamente cómo sería encontrar a un niño sin piernas y a punto de morir, pero sabía que debía ser horrible, y también sabía que, si estuviera en esa situación, el niño habría muerto.

Pero Sebastien era especial. Era obvio, por su destreza con la magia, pero había más en él que lo que parecía a simple vista. Incluso más allá de los secretos que Damien conocía.

Sus dedos recorrían el lomo de un libro, leyendo con la vista sin comprender realmente. Se detuvo, leyéndolo de nuevo. *Genealogía de figuras notables del trigésimo segundo siglo a.C.* El libro en sí no le servía de nada, pero le despertó una idea y reavivó las llamas de esa curiosidad que nunca parecía extinguirse del todo.

Miró a su alrededor, percibiendo el tema recurrente entre los demás libros. La biblioteca de Gervin estaba llena de registros. Muchas genealogías, historia y bastante cotilleo no tan sutil sobre los antepasados de otras personas.

Cuando colocaron la bandeja de té, él la tomó del sirviente y se dirigió a la habitación de Nat. Llamó a la puerta y luego la abrió con una sonrisa, disimulando cualquier enojo o preocupación en

su rostro. Nat necesitaba ser alentada, no recordada de lo que ya sabía bastante bien. “Vengo con regalos para la señorita Natalia, con la esperanza de que me conceda unos minutos de su encantadora compañía.”

El rostro de Nat estaban hinchado y manchado por las lágrimas, pero asintió con suficiente alegría.

Nat y Ana estaban sentadas en la cama canopeada, así que Damien colocó la bandeja de té en el pie, se quitó las botas y se acomodó junto a ellas. Había bastante espacio. Sirvió té y bollos con mantequilla y mermelada, y entabló una conversación ligera, contando historias de la Universidad que hicieron que Natalia se riera hasta caer de espaldas. Le encantaban particularmente las historias sobre Sebastien, y Damien descubrió que tenía más de esas de las que había imaginado.

Mientras ella comía y bebía, él le insistía en que aceptara más bocados y embellecía anécdotas sobre la despreocupación, mal humor y la tierna sensibilidad oculta de Sebastien.

“¿De qué familia es él?” preguntó Nat.

“No pertenece a los Crowns”, dijo Ana, pasándole los dedos distraídamente por el cabello de su hermana menor.

“¿En serio?” Nat bajó la vista, frunciendo el ceño con decepción.

“No es algo que realmente importe”, comentó Damien. “Podemos tener la ventaja de las líneas sanguíneas y las oportunidades, pero hay mucho talento entre las clases bajas. Y también hay basura entre los nuestros”, añadió con tono sombrío.

Nat se encogió un poco, como una tortuga que se retira dentro de su caparazón, y Damien rápidamente cambió de tema.

Tras la prueba que fue su día, y ahora que finalmente estaba llena de comida y líquidos, empezó a caerse dormida poco después.

Cuando quedó dormida, Damien y Ana salieron de la cama y se dirigieron al balcón, cerrando cuidadosamente la puerta tras ellos.

“¿Está ella bien?” preguntó él.

“Fue una experiencia difícil para ella, pero estará bien. Por ahora.” Ana agarró con fuerza la barandilla del balcón, mirando hacia la ciudad. “Por eso no quería dejarla sola. Está sin compañía, sin mí. Solo tiene once años.”

“Tú lograste salir adelante cuando tenías su edad. Ella estará bien. Y no está sola; tú no te has ido, estás a solo media hora de distancia y hablas con ella todos los días.”

Ana apretó aún más la barandilla, meciéndose un poco de un lado a otro.

Damien tocó ligeramente su hombro con el suyo. “Nat es más fuerte de lo que crees. No la subestimes.”

Ana apretó los dedos, pero luego soltó un suspiro casi inaudible y aflojó la mano. “Tienes razón. Solo me preocupa que vuelva a suceder algo así. Ella estuvo encerrada en ese armario durante horas sin posibilidad de pedir ayuda. Creo que el primo Robbie pagó a algunos sirvientes para que simplemente ‘fueran a sala a no darse cuenta’ de sus gritos. Nuestra casa no es tan grande.”

Damien pasó sus dedos por la simple pulsera de madera que Sebastien le había regalado, oculta bajo su camisa. “Deberías conseguirle un artefacto de alarma de emergencia. Algo que te avise si está en peligro, incluso si no puede comunicarse contigo por escrito.”

Ana se iluminó de inmediato. “¡Sí, esa es una excelente idea! No sé por qué no se me ocurrió antes. Supongo... que no es habitual pensar que un niño necesita una alarma de emergencia en la seguridad de su propio hogar.”

Damien solo esperaba que Nat nunca tuviera que usarla para algo peor que quedar atrapada en un armario.

“Puedes volver a tu habitación,” dijo Ana. “Probablemente dormiré unas horas más. Quiero estar aquí cuando despierte para que no tenga miedo.”

“En realidad... quería consultar si puedo usar la biblioteca de la familia.”

“Oh, ¿para qué? No tenemos muchos textos relevantes a nivel universitario, y no hay ninguna de tus revistitas de investigación baratas.”

Damien evitó comentar sobre su ligera expresión de desdén. “Esperaba buscar una lista de familias notables. Tengo curiosidad por las Siverling.”

Ana levantó una ceja con interés. “¿Interesado en la historia de Sebastien?”

Damien se acarició la nuca con algo de vergüenza, pero pronto se dio cuenta de que estaba despeinándose y volvió a alisar su cabello. Miró hacia otro lado. “Solo tengo curiosidad. El chisme y la genealogía son tu especialidad familiar. No quiero acceder a información confidencial ni nada por el estilo, y ese es el único tipo de datos privilegiados a los que tendría acceso mi familia. ¿Notas que Sebastien nunca habla de su familia?”

“Ya los investigué.”

La cabeza de Damien se giró de repente para mirarla.

—No te sorprendas tanto, Damien. Claro que lo haría. Duermo junto a la misteriosa nueva aprendiz de Thaddeus Lacer cada noche, y nadie ha oído hablar de él antes.

—¿Qué has descubierto?

—Fue difícil encontrar algo. Al principio pensé que él era...— Hizo una pausa, jugando con el cuello de su chaqueta—. Bueno, pensé que era un plebeyo de una familia lo suficientemente rica para pagar a sus tutores y que le permitieran acceder, nada extraordinario.

Damien sabía que, incluso si Sebastien era un plebeyo, seguiría siendo excepcional. “¿Al principio? Cambiaste de opinión,” afirmó.

—Los registros recientes sobre alguien con el nombre Siverling son imposibles de localizar. Al menos sin contratar a un investigador, y no creía que fuera necesario. Pero encontré una mención más distante del nombre. Los Siverling eran una línea materna de la Familia gobernante de Lenore, anterior al Tercer Imperio. Se dice que todos en esa línea fueron ejecutados por el Emperador de Sangre.

Los ojos de Damien se abrieron de par en par. “¿Crees que puede ser la misma familia Siverling?”

Ella se encogió de hombros. “¿Quién sabe? Pero es, sin duda, una coincidencia curiosa. Especialmente porque parece haber surgido de la nada.”

La herencia por línea materna solía ser disputada, permitiendo solo si no había descendientes directos por línea paterna, pero si no era una coincidencia, y Sebastien realmente descendía del rey de Lenore antes del Imperio de Sangre... “¿Qué implicaría eso?”

—Probablemente no mucho. Quizá lo haría un candidato más apetecible para alguna hija de la Familia Real. Con los apoyos adecuados, podría reclamar algún poder... y probablemente enfrentarse a una ejecución pública o a un asesinato encubierto, según el apoyo que tuviera.

Damien podía imaginarlo, una familia viviendo en secreto durante generaciones, temiendo que el Emperador de Sangre o los Nobles del Escudo se ofendieran por su existencia y los aniquilaran. “¿Qué tan probable es que sea cierto?”

—La tercera hija del rey se casó con la familia Siverling. Su esposo era el mago de la corte del rey. Ella murió estando embarazada, y todos los registros dicen que el niño murió con ella. Hice algunas averiguaciones... Ella habría tenido al menos ocho meses de embarazo. Con los hechizos adecuados y una nodriza competente, ocho meses son suficientes para sobrevivir fuera del útero, si el parto fue prematuro o si le sacaron del vientre inmediatamente después de la muerte de su madre. Pero es sumamente improbable, aunque debo admitir que sería una historia dramática e intrigante.

—Quizás poco probable, pero no imposible. Y si lo pensamos así... quizás alguien más también. ¿Podría alguien haberlo encontrado viviendo en Vale, en la clandestinidad, y convencido de que retomara su apellido real? Tal vez financió sus estudios en la Universidad, lo conectó con el profesor Lacer.

—Posible, sí. Aunque probablemente sin relación alguna. Él ha estado con un hombre llamado Oliver Dryden, un noble desterrado de Osham. Parece no tener ambiciones personales. Es un filántropo con un corazón sensible, según mi padre, y no tendría motivos para aprovecharse de Sebastien. Honestamente, no consideraría la conexión con esos otros Siverling, salvo...— Ana

sonrió ligeramente—. Bueno, Sebastien tiene algo que lo caracteriza. La sangre es auténtica, sabes.

Damien recordó la primera vez que se dio cuenta de que Sebastien era realmente especial. Hizo una broma diciendo que él era la segunda venida de Myrddin.

Damien no estaba loco. No pensaba que Sebastien fuera la encarnación literal del mago más poderoso de la historia. Pero si Sebastien llevaba en su sangre tanto al rey como a un hombre que habría sido uno de los hechiceros más poderosos del país, era lógico pensar que podía tener un talento natural suficiente para captar la atención de Thaddeus Lacer.

—Hay una solución simple a nuestra curiosidad —dijo Ana.

—¿De verdad?

—Simple: podemos preguntarle a Sebastien.

Damien lo consideró por un momento, pero negó con la cabeza. —Creo que no deberíamos. Él puede contarnos si quiere. Ese tipo de cosas... seguramente hay muchas razones válidas para mantenerlo en secreto. Nunca habla de su familia ni de su infancia, y tengo la sensación de que quizás eso es deliberado.

Ana dudó, pero asintió con la cabeza. —Estoy de acuerdo.

Los ojos de Damien se entrecerraron. —Hay algo más. ¿Sabes algo más?

Ella rodó los ojos, frustrada. —Sebastien es nuestro amigo. No quiero hacerle chismes.

—Amas el chisme, mentirosa —dijo él, desafiándola con una mirada incisiva—. Además, solo es cosa mía. No se lo diré a nadie más, y tú sabes que también es mi amigo. Si hay algo importante, ¿no será mejor que ambos lo sepamos para poder apoyarlo?

—No es nada que tú no hayas notado ya. Y no quiero especular sobre lo que significa. Solo... —Hizo una pausa, aclarándose la garganta—. Está bien. Sebastien es increíblemente seguro de sí mismo. Hasta el punto de parecer arrogante. Pero esa arrogancia es universal. No trata a los plebeyos patrocinados, incluso a los más evidentes, de manera diferente que a ti o a mí. Y la forma en que estudia... es obsesiva. Al principio pensé que solo intentaba estar a la altura de las expectativas, o algo así, pero a veces parece que le preocupa que esto todo le sea arrebatado, y está intentando acumular tanto conocimiento como sea posible antes de que termine el hechizo. Y tienes razón, nunca cuenta historias sobre sí mismo. No es solo que evite hablar de su familia o de su infancia. Nunca ha mencionado una mascota, su comida favorita, o qué quiere hacer después de graduarse. Y, sobre todo... Damien, tiene pesadillas.

Damien asintió lentamente, comprendiendo que todo lo que ella decía era cierto. De hecho, lo único que sabía sobre la familia de Sebastien era un comentario casual acerca de cómo la magia libre también recorría su linaje. Por supuesto, entendía que los sueños de Sebastien tenían que ver con los secretos que guardaba. Sebastien habría hecho el mismo juramento que Damien, mientras

miraban las estrellas. Él también ansiaba libertad y esclarecimiento, en el sentido más profundo de la palabra. Sebastien había mencionado con demasiada naturalidad a aquel chico con las piernas amputadas.

Pero Damien nunca había pensado mucho en el hecho de que Sebastien tuviera problemas para dormir. Sabía que tenía pesadillas y, probablemente, insomnio también. Era solo una de esas cosas sobre Sebastien, como que en las mañanas estaba de mal humor, o que le encantaba el buen café pero nunca compraba el propio, y cómo ignoraba las miradas coquetas e cada vez más frecuentes de las chicas, como si no las notara.

—Sí, las tiene —dijo Damien animadamente, esperando que Ana continuara.

—Tiene pesadillas todas las noches. Por eso practica tan temprano y parece agotado en la mañana. Creo que le ocurrió algo grave. Algo que no quiere contar. Así que, aunque sea uno de esos Siverlings, no significa que quiera recordar su vida pasada. Y quizás esa sea la razón por la que estudia de esa forma. Estar aquí es su escape. Y si lo es... no quiero arrebatárselo haciendo que hable de ello.

El pensamiento de que alguien o algo había causado en realidad las pesadillas de Sebastien aceleró su corazón, levantándole un poco más el pulso y ruborizando aún más sus mejillas con el frío. Cuando Sebastien dijo: “El mundo puede ser más oscuro de lo que imaginas”, en sus ojos había una sombra, pensamientos ocultos que navegaban tras su superficie tranquila. Parecía injusto que alguien como Sebastien, fuerte, inteligente y que se preocupa tanto, pueda, en otras circunstancias, ser víctima de algo que lo marcara tan profundamente que no pudiera escapar de esos recuerdos ni en sueños.

“Sebastien no es una víctima.”

Solo cuando Ana asintió se dio cuenta de que había pronunciado en voz alta la última parte. “Exactamente,” afirmó ella. “No es cómo se ve a sí mismo, ni cómo quisiera que los demás piensen en él. Así que no hagamos que cuente historias que preferiría dejar atrás, solo por el placer de estar en el secreto. Si su apellido tiene alguna importancia... bueno, realmente no cambia quién es Sebastien, ¿verdad?”

Por supuesto, ella tenía razón. Damien se lo confirmó.

Ella se rió. “Damien, ¿no has aprendido aún? Siempre tengo la razón.”

Él sonrió con suficiencia. “Excepto cuando no estás de acuerdo con Sebastien.”

Rieron, y no volvieron a hablar de eso.